



HUEVOS DE FAISÁN Y DE CHOCOLATE

XVII DÍA DEL PÍNFAÑO | 2020

Autora: Natividad Jaime Santamaría

Estamos en verano, una de esas tardes en las que el sol calienta, he pasado la mañana en la playa y ahora me apetece quedarme en casa, bajo un poco las persianas, se está mejor en penumbra y me dispongo a leer el libro que me tiene enganchada: «Paso a Dos» es su título. Como me gusta tener música de fondo busco «El concierto de Aranjuez», me gusta escucharlo de vez en cuando.

No pasa mucho rato cuando el libro que tengo en mis manos, que normalmente hace que pierda la noción del tiempo, pierde interés para mí. Mi mente se recrea oyendo esa música que me transporta a aquellos años, lejanos, en los que las tardes de los domingos las pasaba paseando y jugando por aquellos maravillosos jardines a los que está dedicado el concierto.

Han pasado muchos años pero los recuerdos perduran con nitidez en mi memoria. A mí que venía de un pueblo, aquellos jardines tan grandes en los que además había un palacio me parecían algo extraordinario y siempre descubría algún nuevo rincón lleno de encanto.

Si el tiempo lo permitía, salíamos del colegio con nuestro uniforme de domingo, formadas de tres en fondo, flanqueadas por las madres que nos acompañaban y nos encaminábamos a los jardines. Normalmente frecuentábamos el «Jardín de la Isla» (supongo que porque quedaba más cerca del colegio), pero también íbamos al del «Príncipe». Al llegar, rompíamos filas y teníamos libertad para movernos por todo el entorno.

Mientras oigo la música, se agolpan en mi mente los recuerdos de aquellas tardes y me parece escuchar el sonido del agua al caer por la cascada de Las Castañuelas o en las innumerables fuentes que pueblan y embellecen el Jardín de la Isla. La de Hércules a la entrada, Baco, Narciso, Ceres, Espinario que para nosotras era El Niño de la Espina... y muchas más. Las recorríamos todas jugando y nos pasábamos algún rato senta-

das contemplándolas mientras charlábamos de nuestras cosas. Me llamaban la atención aquellos árboles con unas grandes flores blancas, eran los magnolios.

El Jardín del Príncipe era distinto, creo que más grande o al menos a mí me lo parecía. Muy frondoso, con grandes avenidas bordeadas de altos árboles y fuentes preciosas.

Albergaba en un edificio a «las reales falúas» que eran lujosas embarcaciones en las que antaño la familia real surcaba las aguas del Tajo. A mí se me quedaron los ojos como platos la primera vez que las vi siendo ya mayor. No muy lejos, estaba «La casita del Labrador», un palacete que al parecer era el alojamiento de los reyes y sus acompañantes cuando salían de caza.

Dentro de este jardín está uno de mis rincones favoritos, «El estanque de los Chinescos», en medio del agua, dos templetes, uno de madera y otro de mármol, en el que me encantaba sentarme a contemplar el paisaje, en sus columnas más de una vez, estampé mi firma.

Y aquí en el jardín del Príncipe es dónde tuvo lugar la anécdota que da nombre a este relato.

Por aquellas avenidas veíamos pasearse a majestuosos Pavos Reales y admirábamos su precioso y espectacular plumaje. Había otras aves desconocidas para nosotras que no llamaban nuestra atención pero sabíamos que ni a unos ni otras podíamos tocar ni molestar.

Era un domingo cualquiera, como siempre corremos, jugamos un rato al pilla-pilla y después unas cuantas decidimos jugar al escondite, cualquier tronco, matorral o piedra nos servía de refugio y no he logrado recordar quien de todas fue la que al esconderse encontró un nido lleno de huevos, le faltó tiempo para llena de alborozo salir a contarnos y enseñarnos su hallazgo y... ¡fue todo tan rápido!, todas gritábamos, no sabíamos que hacer al verlos, los cogimos, nos los pasamos de mano en mano y la cuestión fue que entre risas y empujones algunos cayeron al suelo y se rompieron.

¡Qué disgusto!, imaginamos que habíamos hecho algo mal, ¿qué podíamos hacer?, ¿los escondemos?, ¿salimos pitando? Algunas hasta se pusieron a llorar, ¿qué dirían las monjas?, seguro que nos iba a caer un buen castigo. Todavía no habían llegado ellas cuando hizo su aparición uno de los guardias del jardín, iba uniformado, ya lo conocíamos de otros días, era muy simpático, siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para nosotras pero en ese momento tenía la cara desencajada, se llevaba las manos a la cabeza mientras con las botas restregándolas por el suelo intentaba borrar el desaguisado que habíamos provocado.

Se le veía muy disgustado y su actitud nos daba a entender que verdaderamente algo malo habíamos hecho. Los huevos eran de faisán, aquellas aves desconocidas para nosotras y que según se desprendía de lo que iba diciendo el guardia tenían mucho valor. Cuando llegaron las monjas, estuvo un buen rato hablando con ellas. A partir de entonces tenían más control sobre nosotras y no nos quitaban los ojos de encima.

He de decir a su favor que no se enfadaron demasiado, nos reprendieron haciéndonos ver las consecuencias que podían tener nuestros actos si no nos parábamos a pensarlos pero creo que también supieron valorar que al fin y al cabo éramos niñas y los pocos años unidos a nuestra ignorancia nos impidieron ver dónde nos podía llevar aquella acción.

Tuvieron que pasar bastantes años para darnos cuenta de que el faisán y por supuesto sus huevos estaban considerados «delicatesen».

Hasta aquí mis recuerdos de la anécdota transcurrida en uno de los famosos jardines de Aranjuez.

Y ya que qué estoy, voy a recordar otra que también transcurre en un jardín y cuyos protagonistas vuelven a ser unos huevos, en esta ocasión de chocolate.

La anécdota tiene lugar dentro del colegio. Estamos en Semana Santa, algunas de las que vivíamos lejos de Aranjuez no

podíamos irnos de vacaciones a casa ni en Navidad ni en Semana Santa, a mí me tocaba quedarme siempre.,

Ha ido transcurriendo la Semana, hemos asistido a todos los Santos Oficios, hemos montado y desmontado el Monumento, ha venido a visitarlo la gente del pueblo y por fin ha llegado el Domingo de Pascua. La Madre encargada de la sección de pequeñas ha tenido una feliz idea, ha querido alegrarnos el día y se le ha ocurrido comprar huevos de chocolate, poner en cada uno el nombre de las alumnas y esconderlos bien distribuidos por todo el jardín de cuarta sección, el que Sister cuida con tanto esmero y en el que casi no nos dejan entrar, en esta ocasión podemos hacerlo ya que ente plantas y flores hay que buscarlos.

El jardín es pequeño, se recorre en un pis pas. En un momento determinado al mediodía, a la hora del recreo nos dan el aviso, ¿preparadas?, a buscar los huevos... ¡qué emoción!, ¡qué nervios!, al ser la primera vez no sabíamos por dónde empezar. Nos lanzamos a por ellos cuidando de no hacer destrozos en los parterres de flores y poco a poco la búsqueda va dando sus frutos, van apareciendo, ¡aquí está el mío! se oye a una, ¡yo ya lo he encontrado! dice otra, están forrados con papel de plata de todos los colores, todas van encontrando el suyo menos yo, el mío se resiste.

Doy un montón de vueltas ayudada por todas las compañeras que ya tienen el suyo en sus manos, miramos todas las plantas una y otra vez pero nada de nada, mi huevo no está. Después de mucho buscar nos rendimos, el mío no aparece y lo doy por perdido. Mi gozo en un pozo. Fue una gran decepción y no podía imaginar que había pasado.

Nunca supe si alguien fue más lista y ligera que yo, lo encontró y se lo quedó o si fue que nunca hubo un huevo con mi nombre. Aun hoy tengo mis dudas.